

## La vida religiosa, vida evangélica

No es raro que se considere a los religiosos, ya como unos cobardes que huyen del duro combate del mundo, ya como gente incapaz de vivir en la más elemental civilidad con los demás, ya como unos exaltados que sólo pueden concebir la vida cristiana en su rigor más extremo. La vida religiosa parece ser entonces un fenómeno marginal dentro de la Iglesia.

Pero abramos el Evangelio y veamos la vida de nuestro Señor Jesucristo y de los primeros cristianos, que son el primer y más sólido fundamento de la vida religiosa. Veremos entonces cómo la vida religiosa es sencillamente la vida misma del Evangelio, vivida según sus más elevadas exigencias.

### 1º Seguir a Cristo.

Consideremos ante todo los personajes que llenan el Evangelio. San José y la Santísima Virgen abren el camino haciendo el voto de virginidad antes de su matrimonio. San Juan Bautista se retira al desierto para prepararse prolongadamente a su predicación en la soledad y en la penitencia. Los apóstoles lo dejan todo: familia, situación, proyectos de futuro, para seguir a Nuestro Señor. Mas ellos no eran la única excepción, pues toda una legión de santas mujeres, «*que habían venido de Galilea con Jesús*» (Lc. 23 55), iban siguiendo al Salvador, asiduas en servirle a El y a sus discípulos, y permaneciendo valerosas al pie de la cruz.

Después de la ascensión, muchos de los que tuvieron el privilegio de tratar a Jesús, de oír su predicación y de vivir con El, sintieron la necesidad de dejarlo todo, cautivados por la bondad y por la divinidad del Salvador: no querían vivir sino para pensar en El, y para hallarlo en la oración y en el estudio. Empezaron, pues, a llevar una verdadera vida consagrada. María Magdalena, por ejemplo, pasó treinta años en la cima de la Sainte-Baume en completa soledad. Su hermana Marta fundó una comunidad religiosa en Tarascon. Lázaro, por su parte, fue el primer obispo de Marsella, y Zaqueo acabó sus días en la gruta de Rocamadour.

*Ya los filósofos griegos habían comprendido que la felicidad del hombre consiste en conocer a Dios y unirse con El. «Encontrar a Dios» es, pues, el ideal de todo ser humano. Pero esta sed de Dios se acrecentó con la encarnación y la redención: Dios mismo vino a nosotros, nos abrió los tesoros de su vida y de su luz, derramó en nuestras almas la gracia y la esperanza sobrenatural, y quiere hacernos hijos y amigos suyos. ¿Cómo resistir a un tal llamamiento?*

## 2º El templo de su cuerpo.

Para encontrar a Dios, hay que buscarlo donde está. Ahora bien, Dios vive y se manifiesta en un lugar santo. Este lugar santo ya no es el templo de Jerusalén, sino la santa humanidad de Cristo. Jesús es el Verbo de Dios, el Eterno, el Altísimo, que asumió un alma y un cuerpo humanos. «*En él se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia*» (Col. 2 3), y sólo El está «*lleno de gracia y de verdad*» (Jn. 1 14).

*Un episodio del Evangelio manifiesta claramente esta verdad. A quienes le pedían cuentas sobre su conducta, Jesús les lanza un desafío provocador: «Destruid este templo, y yo lo reconstruiré en tres días». La perplejidad de los judíos, que trabajaban desde hacía cuarenta y seis años en la construcción de ese edificio suntuoso, fue grande. Mas San Juan nos da la clave del enigma: «Pero él hablaba del templo de su cuerpo» (Jn. 2 19-21).*

*El templo único del Nuevo Testamento, el lugar de la presencia de Dios por excelencia, el lugar de la oración y del sacrificio, es la humanidad de Cristo. **La única solución para encontrar a Dios, es ir a Jesús.** Tal es la razón fundamental por la que los amigos más íntimos de Jesús decidieron, después de su ascensión al cielo, dejarlo todo para ocuparse únicamente de El y encontrarlo en toda libertad de alma.*

Ahora bien, ¿dónde encontrar a Jesús? Por supuesto, en su **doctrina** y en los **sacramentos** de su Iglesia; en la **oración**, litúrgica o privada; pero también en la **vida concreta** que llevó en la tierra. Y es que Jesús consagró todo lo que tocó. Al pasar por la pobreza, el frío, el hambre, el cansancio, la soledad del desierto, la virginidad, Nuestro Señor transformó estas circunstancias de la vida y las convirtió en templos, en otros tantos lugares de encuentro en que nos espera. Así, quienes recibieron la gracia de comprenderlo, sintieron el deseo de abrazar la vida evangélica en toda su extensión, dejándolo todo para encontrar a Jesús: «*El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, que cuando un hombre lo encuentra, lo esconde de nuevo, y en su alegría va, vende todo cuanto tiene, y compra ese campo*» (Mt. 13 44-46). Ese es el punto de partida de la vida religiosa.

*Por supuesto, no es privilegio exclusivo de los religiosos encontrar a Jesús, rezarle, imitar su vida, vivir en su intimidad: es la ley y la dicha de toda vida cristiana. A todos nosotros dice Jesús: «Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame» (Mc. 8 34). La vida cristiana es una «**sequela Christi**», un seguimiento de Cristo. Todos tienen que llevar su cruz y renunciarse en algo, y todos pueden vivir en su intimidad.*

*Sin embargo, es perfectamente comprensible que haya quienes, por una gracia particular, aspiren a dejarlo todo para ocuparse únicamente de Nuestro Señor. Lo que querían los primeros discípulos de Cristo cuando lo dejaban todo para seguir a su divino Maestro, era mantenerse lo más cerca posible de Jesús, para poderlo encontrar a lo largo del día, permanecer en su estrecha intimidad, y pasar su vida junto a El. La vida religiosa no es más que la prolongación de la vida de la primitiva comunidad cristiana.*

### 3º Las bienaventuranzas.

¿En qué consiste más precisamente esta vida evangélica? Echemos una rápida ojeada sobre la vida y enseñanza de Nuestro Señor.

¿Cuál fue su vida durante los treinta y tres años de su vida en la tierra? Una vida de trabajo, de silencio y de obediencia durante sus treinta años de Nazaret, y una vida itinerante, de mendicidad, de renuncia a toda propiedad y a todo confort durante sus tres años de vida pública, para entregarse enteramente a la oración y a la predicación. El Evangelio nos lo presenta cansado en los caminos de Samaria, pasando noches enteras en oración, retirándose a una montaña o a un lugar solitario para entretenerse con su Padre, durmiendo al raso bajo el cielo estrellado, leyendo la Escritura en las sinagogas, participando en el culto del templo. La vida bienhechora del Salvador suscitaba la admiración de las masas, pero también el sacrificio de sí por la salvación de las almas. ¿Es de extrañar que hubiera desde el comienzo gente que tomara a la letra la invitación de Cristo: «*Sígueme*»?

La enseñanza del Salvador venía a confirmar y esclarecer su conducta diaria. Reléase el espléndido programa de vida cristiana que Nuestro Señor entregó a sus discípulos en el Sermón de la Montaña:

*Bienaventurados los pobres de espíritu...*

*Bienaventurados los mansos...*

*Bienaventurados los que lloran...*

*Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia...*

*Bienaventurados los misericordiosos...*

*Bienaventurados los limpios de corazón...*

*Bienaventurados los pacíficos...*

*Bienaventurados los que sufren persecución por causa de la justicia...*

Cada una de estas bienaventuranzas nos promete, ya desde esta vida, una gran dicha («*verán a Dios, serán llamados hijos de Dios*»...), pero al precio de una renuncia, de una obra muy costosa. Estas bienaventuranzas no son un consuelo fácil para almas perezosas, sino el fruto de una intensa actividad sobrenatural bajo la moción de los dones del Espíritu Santo, que reclama necesariamente una vida mortificada. Son un esfuerzo arduo, pero regiamente recompensado, como la cumbre que se alcanza después de una ruda ascensión, o como un tesoro de gran valor que se deja hallar de quienes lo buscan. Muy comprensible es, pues, que muchos cristianos, para no correr el riesgo de perder semejante tesoro, hayan consagrado toda su energía y todo su tiempo en partir a su conquista. Una vida según las bienaventuranzas: eso es la vida evangélica, ese es el ideal de la vida religiosa.

*Así pues, el fundamento de la vida religiosa se encuentra en la vida concreta y en la enseñanza de Nuestro Señor. San Benito resume el prólogo de su Regla por las famosas palabras: «Per ducatum Evangelii, pergamus itinera eius: bajo la conducta del Evangelio, recorramos los caminos de Cristo». El gran legislador monástico no pretende más que una cosa: seguir a Jesús en y por la vida evangélica. Esta es la ley de toda vida religiosa.*

#### 4º Una hermosa vocación.

Un ejemplo, el de San Antonio ermitaño (251-356), acabará de ilustrar esta verdad. El modo y desenlace de su vocación confirman que el secreto de la vida religiosa reside en la vida según el Evangelio.

*A los dieciocho años –cuenta San Atanasio–, Antonio perdió a sus padres y se quedó solo con una hermana más joven. Antonio asumió el cuidado de ella y de la casa, pero pronto empezó a pensar en consagrarse por entero al servicio de Dios. Cierta día iba a la iglesia pensando en el camino de qué manera los apóstoles lo habían dejado todo para seguir a Jesús, y cómo varios otros, como se lee en los Hechos, vendían sus bienes y ponían el precio de su venta a los pies de los apóstoles, para que los distribuyeran según la necesidad de cada cual. Lleno de estos pensamientos, entró en la iglesia cuando se leía el Evangelio en que Nuestro Señor decía al rico del Evangelio: «Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes, y dáselo a los pobres, y luego ven y sígueme». Antonio se aplicó el consejo del divino Maestro como si tales palabras hubieran sido dichas para él, y volviendo a su casa, distribuyó una porción de sus tierras entre los vecinos pobres, vendió las demás y distribuyó el producto entre los pobres, reservándose tan sólo una exigua cantidad para el mantenimiento de su hermana y el suyo.*

*A los pocos días volvió a la iglesia, y oyendo leer nuevamente el Evangelio, hicieron mella en sus oídos estas palabras: «No os inquietéis por el día de mañana». Observando que con haberse reservado una partecita de sus riquezas no había cumplido del todo el consejo de Nuestro Señor, distribuyó a los pobres ese resto de su pasada fortuna, encomendó su hermana a una comunidad de santas vírgenes, y resolvió renunciar él mismo al mundo.*

Las diferentes etapas de este acontecimiento ponen bien de relieve los diversos elementos de la vocación religiosa:

- Antonio es un buen cristiano, a la vez que un hombre maduro y responsable, que a sus dieciocho años asume la responsabilidad de su joven hermana y de su patrimonio. No es ni un atolondrado ni un chiflado.
- Bajo la moción de la gracia de Dios, reflexiona. Y ¿en qué piensa? En los apóstoles, en la primitiva Iglesia, en quienes se desprendieron de todo por seguir a Jesús; en la sencillez, alegría y espíritu de fe que constituyen el encanto tan peculiar del Evangelio.
- Luego oye el Evangelio. La gracia de Dios lo toca: Jesús es quien me habla, y me invita a seguirlo de cerca.
- Finalmente, Antonio pasa a la acción sin vacilar. Vende todo lo que tiene, confía su hermana a los suyos, y parte a la búsqueda de Dios en pos de Jesús.

Todo es simple en esta vocación. Simple como la vida evangélica y como la vida religiosa.